¿Escucha la Iglesia a los jóvenes? ¿De qué modo?

Mucho se habla de lo acelerada que es nuestra sociedad, de lo frenética que vienen las nuevas generaciones, y de los cambios que éstas llevarán a cabo. De que son más inconscientes, no saben lo que quieren, y que aunque sean la generación más preparada, probablemente pierdan por el camino todos sus sueños. Ante esta realidad, cabría más la pregunta de ¿escuchan los jóvenes a la Iglesia? ¿De qué modo? ¿Son los modos de la Iglesia los correctos para que los jóvenes la escuchen?

En las nuevas filosofías de producción industrial, el contacto continuo con el cliente es casi un dogma para la mejora continua. En este caso, la Iglesia es la empresa, y los jóvenes el cliente.

Por tanto, la Iglesia debe hablar su lenguaje, querer sus costumbres, entender sus tendencias, vestir sus vaqueros y ponerse sus zapatillas. Si no, la cadena de producción del Reino de Dios acabará más pronto que tarde. Pero: ¿escucha realmente la Iglesia a los jóvenes?

Pues, desde mi humilde experiencia, diré que por supuesto que sí. Basta mirar un poco alrededor: ¿qué congregación religiosa no tiene hoy en día su movimiento juvenil? ¿En qué diócesis no existe un consejo de la juventud formado por jóvenes de la misma? ¿En qué parroquia no se arma el lío cada vez que los jóvenes organizan una quedada dentro de ella? Claro que sí, claro que la Iglesia escucha a los jóvenes, sería absurdo que no lo hiciera.

Pero: *¿lo hace en el modo correcto?* Pues creo, de nuevo desde mi humilde experiencia, que a veces sí, y a veces no. O mejor dicho, en determinados ambientes sí, y en otros no. Si no, el sínodo de los jóvenes convocado por el Papa no tendría sentido.

Volviendo al principio, esta sociedad va a una velocidad imposible de seguir, y los jóvenes tenemos gran culpa de ello. Tenemos nuevas formas, nuevos modos, rompemos fronteras. No quiere decir esto que todo sea aceptable, pero sí que algunas de estas nuevas formas deben de entenderse, comprenderse, y adaptarse.

Reitero de nuevo, no todo es aceptable, y por ello la Iglesia debe escuchar a los jóvenes en el modo adecuado. No vale perder la identidad por adaptarse a los cánones que hoy casi que exige la sociedad. No vale descafeinarse, no vale perderse en modos que luego dejarán una fe insulsa y nada iluminadora.

Difícil tarea la que tenemos por delante, que solo con la luz de la oración lograremos realizar. El camino sin duda, es apasionante. No tengamos miedo de andarlo.

Javier Garrido
Salesianos Trinidad (Sevilla)